

## La Inclusión Educativa, un cambio del "Yo"

Karin Schröder E. Santiago (Chile)



Caterina

**E**l tema de la Inclusión Educativa lleva ya más de treinta años en el tapete. Más bien hemos hablado de educación especial y de integración. Innumerables métodos y técnicas de apoyo a los niños con Necesidades Educativas Especiales (NEE) han surgido buscando apoyar su desarrollo, con el objetivo de hacer para ellos una sociedad más justa y digna para vivir.

Sin embargo siento que hemos olvidado de hablar de nosotros. ¿Qué pasa conmigo cuando me enfrento a la persona "distinta"?

Creo que fácilmente caemos en una postura que conlleva miedos y falta de información, la que lamentablemente en primera instancia nos

invita a caminar por caminos paralelos o incluso contrarios a la inclusión.

Y es que la inclusión a mi modo de ver es un tema que va más aya de la necesidad educativa especial. Es un tema social que nos invita a reflexionar acerca del aporte de la diferencia del otro. Detenerse y pensar acerca de nuestra capacidad de acoger al que piensa disímil, al que reacciona distinto, al que es desigual. Claramente somos todos únicos e irrepetibles. Obviamente hay unos más parecidos a otros, sin embargo somos todos diferentes.

Pero el misterio nos surge cuando nos enfrentamos al que no se parece a mí.

Rápidamente nos surge un mecanismo muy poco empático, el que sugiere proteger mi "yo", discriminando al "tú distinto".

¿Cuándo realmente tengo la capacidad de encontrarme con el otro?

Más fácilmente cuando surge la necesidad, más fácilmente cuando hay vínculos emocionales, más fácilmente cuando existe la posibilidad del contacto con el otro.

Es decir, cuando hay alguien "especialmente diferente" en mi círculo familiar, cuando he sido compañero, profesor o alumno de alguien "especialmente diferente", o bien dentro de los círculos sociales que frecuento. Es decir, más fácilmente cuando he vivido en ambientes de inclusión.

Sin embargo en los tiempos que vivimos seguimos buscando la "normalización del distinto", e incluso en algunos países se ha legalizado el aborto del distinto.

Si bien estoy muy de acuerdo en apoyar a las personas con discapacidad para que logren desenvolverse en forma lo más autónoma posible dentro de nuestra sociedad común, cuestiono fuertemente cuál es la responsabilidad que nosotros tenemos y que cómodamente no vemos, ni queremos ver.

En primera instancia pareciera más conveniente hacer que el otro cambie, se "normalice", o bien sacarlo del círculo al que pertenezco para evitar esta sensación de incomodidad.

Esto último surge con mayor facilidad debido a que las personas en cuestión generalmente no cuentan con herramientas para defender sus derechos.

Es así como año a año, miles de niños, jóvenes y adultos con dificultades de aprendizaje (llámense síndrome de Down, déficit atencional, dificultades auditivas, visuales, etc.), son expuestos a horarios muy extensos y poco efec-

tivos olvidando, entre otras cosas, el derecho y la importancia que tienen los momentos de descanso para todas las personas.

Igualmente en los Colegios comunes surgen frecuentemente decisiones de derivar a dichos niños a Colegios Especiales con argumentos como: "este niño está sufriendo aquí", "estaría mejor allá". (¿Implícitamente lejos de mí?).

Es entonces cuando al que más requiere que le enseñen, menos se le posibilita el aprendizaje.

¿Por qué este desenlace? ¿no nos aclara esto que en realidad buscamos la normalización?

¿No fue Jesús que nos decía que todos somos hermanos? Y que por ende ¿las comunidades debieran ser como familias, incluyendo las comunidades educativas?

¿O es que dijo: Tú, que eres distinto, no estarás bien conmigo así que vete a la comunidad de al lado?

¿Cómo es entonces que hay tantas familias que luchan porque sus hijos sean incluidos social y académicamente y fracasan en tantas

comunidades donde no encuentran el compromiso?

Es por eso que creo que el tema de la Inclusión Educativa es un tema de compromisos.

El adulto reconoce y actúa frente a la necesidad de apoyo al niño para que desarrolle al máximo sus capacidades. Sin embargo se compromete a valorar a esa persona dentro de su comunidad, más allá de su condición o capacidad física o intelectual.

Una vez que asumo la responsabilidad de mi cambio personal, mi desafío personal, la inclusión comienza a ser un gran beneficio para todos.

Sin duda puede conllevar años de estudio, trabajo y lo más importante conciencia del valor real de toda persona con la que me encuentro.

¿Y cuándo estaremos preparados?

Probablemente no sea cuando tenga un gran y nuevo proyecto educativo para presentarle al niño distintamente capacitado, sino cuando yo esté dispuesta a cambiar y dispuesta a comprometerme con el otro, por el simple hecho de querer acercarme a otra persona.

## Reflexión sobre el Curso Básico de Cantabria

### Una madre (Cantabria)

Quisiera, con este comentario, dar las gracias a la Fundación Síndrome de Down de Cantabria por habernos ofrecido, un año más, el Curso Básico 2005. Gracias también a todas las personas que de una manera u otra trabajan para hacer esto posible.

Dar un diez a esas familias ¡casi todas madres!, ¡repetidoras!, que año tras año acuden al curso, bien desde que éstos empezaron a impartirse. O nacieron nuestros hijos, y siempre pensando que algo nuevo podemos aprender. Y se aprende ¡hijo!

Es increíble cómo cada año vienen personas de otras comunidades, incluso de otros países, con el gasto que esto origina.

Y todavía hay muchas familias de nuestra Fundación que no lo aprovechan. ¿Cómo se va a implicar el colegio o la gente que nos rodea, si nosotros mismos no lo hacemos? ¡No saben lo que se pierden! Ni se imaginan lo que se aprende, sólo son dos días, pero muy intensos.

Nuestros hijos tienen que ofrecer mucho a la población española y os aseguro que son "estudiosos y trabajadores", y que tienen

"ganas de participar en todo".

No obstante, aún queda mucho por hacer. Seamos los padres los que demos ejemplo, y participemos sin olvidarnos en el próximo Curso Básico 2006.

Para las familias y profesores de Cantabria la matrícula es gratuita. Y aún no lo aprovechamos, es triste...

Nos brindan un tremendo apoyo moral y también físico, con el único propósito de darnos una guía para seguir nuestro aprendizaje, para el bien de nuestros hijos.

¡Animo a todas las familias, amigos y a todos los profesionales de la enseñanza, a descubrir y disfrutar de esta oportunidad, que será muy gratificante.

Lo único que pretendo es que nos impliquemos más, en todos los aspectos, y por supuesto espero que estemos todos en el próximo curso.

Quiero animar a todos a fortalecer esa perseverancia en el mejor hacer de su futuro, papel que desempeñamos los padres y la familia.

## Mi hijo Felipe

Magdalena Cruzat, Chile



Felipe

**C**uando me preguntan el sexo de mis seis hijos y respondo cinco mujeres y un hombre, a renglón seguido me dicen: ¿el hombrequito es el menor? No, es el segundo y tiene síndrome de Down.

Sin duda, muchos se confunden y titubean en la conversación, pero hace 21 años que, junto a mi marido, asumimos la condición de Felipe y decidimos incorporarlo como un miembro más de la familia sin mayores cuestionamientos. Teníamos claro que para Dios no había diferencias y, si las había, ellas favorecerían a Felipe.

Al comienzo no fue fácil. Tuvimos que introducirnos en un mundo desconocido y poco acogedor. Las expresiones "es un angelito", "un regalo del cielo", "son tan cariñosos" provocaron una rebelión familiar. ¿Podíamos quedarnos de brazos cruzados mientras crecía y casi pedía perdón por existir?

Nos dimos cuenta que la integración de las personas con síndrome de Down en Chile era incipiente y que el enfoque sobre su educación

estaba retrasado. Entonces era nuestra obligación hacer algo para introducir el nuevo concepto y expandirlo. Junto con iniciar el trabajo individual con nuestro hijo en la casa, nos juntamos con otros matrimonios y luego creamos la Fundación Chilena para el Síndrome de Down, Complementa, que hoy atiende 138 niños y adolescentes, 40 % de los cuales asisten gratuitamente.

Entretanto, nuestra familia fue aumentando y llegaron cuatro hijas más. Ellas nacieron y crecieron con Felipe, siempre supieron que tenían un hermano diferente al que había que apoyar para que lograra sus objetivos. Magdalena, dos años mayor, fue el ídolo al que tenía que imitar si él quería ser parte de sus juegos.

Como familia jamás nos pusimos freno a la hora de integrarlo a nuestros panoramas, sobre todo cuando se trataba de hacer deportes. Felipe anda en bicicleta, juega fútbol y tenis, esquía en agua y en nieve. Ha ganado medallas por participar en campeonatos de atletismo y de natación. Es el rey de los campamentos y es capaz de andar horas a caballo para acompañar a su papá.

Desde el punto de vista intelectual, lee, escribe y chatea con sus amigos por el computador al igual que todas sus hermanas. Tiene polola (también con síndrome de Down) y le faltan dos años de estudios en el Programa de Educación Especial Superior de Complementa para salir a trabajar como cualquier hijo de vecino.

¿Dónde está la diferencia? En la mirada que tiene la sociedad sobre las personas con síndrome de Down, que no les abre las puertas para integrarlos como un miembro más de ella.

Felipe ha llegado a ser una persona plena y feliz porque se le dio la oportunidad de desarrollar al máximo sus potencialidades; porque no se cuestionó su capacidad, sino que se le apoyó en sus fortalezas; porque no se le puso techo de ninguna especie; porque vive rodeado de una familia que le quiere, le pone exigencias y lo valora por lo que es; porque sabe que tener síndrome de Down no le resta cualidades ante los ojos de Dios.

¿Que si hemos cambiado como familia porque uno de nuestros miembros tiene síndrome de Down? Posiblemente, porque en estos 21 años todos hemos tenido que aprender a ejercitar la paciencia, a ser más tolerantes con las debilidades ajenas, a compartir nuestros espacios con el otro, a regalar parte de nuestro tiempo para conseguir un aprendizaje. En suma, gracias a Felipe, es posible que nos hayamos transformado en mejores personas.